

“Frank y su cordel”

En la ciudad de lo inverosímil, vivía Frank en su cordel, éste era su mejor amigo, quien se encargaba de despertarlo cada mañana, dándole un suave cimbronazo a su cuerpo, para no dejarlo caer.

No me pregunten cómo se las arreglaba para ir al baño, no lo sé, sólo estoy contando el cuento al revés.

Los pájaros, a las 7:30 A.M., le traían pastel y café, regalo del panadero de la esquina, que de ese modo agradecía la buena afluencia de público, mañana tras mañana, a su tienda de café.

Frank, era tan responsable, que su show comenzaba a las 8:00 A.M. en punto, ni un minuto antes, ni un minuto después.

Los obreros de la construcción del frente, echaban su cuello hacía atrás tan seguido que el Kinesiólogo, del edificio número tres, se hizo rico de tanto paciente ver.

Las secretarias de las oficinas aledañas, sufrían de taquicardia cada vez que Frank equilibraba su cuerpo, sin pértiga, sobre el cordel.

Frank caminaba de espaldas al vértigo, sin el peligro ver, y todo su público se preguntaba cuándo iría a caer.

A la hora de almuerzo, las palomas mensajeras le llevaban pizza del negocio de don Pepe, pues se peleaban las migas que dejaba caer.

Al anochecer se abrigaba con su mantita de cuadros, tejida por doña Merced, quién le guiñaba un ojo por si quería tomar el té, era tan inocente que no entendía el mensaje y bostezando, se dormía sobre el cordel.

Doña Merced movía la cabeza, suspiraba y esperaba, meciéndose en su silla, contando las estrellas, por si en una de ellas, encontraba la respuesta de su falta de querer.

Uno de aquellos días, Frank soñó que construía una casa de ladrillo y papel, y cuando iba por mezcla, enredó su pie. Medio dormido, intentaba recobrar su equilibrio, dió mil giros, y su cordel, angustiado, llamó con voz muy fuerte, pidiendo auxilio a los bomberos, que tenían su cuartel, cerquita de doña Merced.

El público no podía creer que Frank colgaba boca abajo, prendido de su pie, jamás imaginaron aquella escena tan terrorífica. La gravedad ya no era su amiga, la sangre presionaba su cerebro, su latir cardíaco aumentaba, se asfixiaba al paso del tiempo y su cordel lloraba a gritos, pedía que vinieran pronto a socorrer a Frank, su amigo fiel.

Los bomberos hacían ulular la sirena y el público despejaba la escena, y advertida doña Merced, le gritaba: ¡aguanta un poco, ya traen la escalera, subiré y te desanudaré!

Mientras, los ojos de Frank se nublaban porque la presión al revés, era como un mazo de acero que le impedía ver.

La escalera medía 55 metros de largo, llegó en un carro especializado, el gentío se aglomeraba esperando ver, cómo rescataban a Frank, desde su cordel.

Doña Merced se puso casco rojo y elevó su cuerpo junto a un bombero para ayudar a aquel equilibrista que la traía de cabeza, a descender.

Todos se preguntaban si podría vivir, una vez que llegara a tierra, pues siempre vivía suspendido en aquel cordel.

Los bomberos escucharon su corazón y junto a doña Merced, le desanudaron el pie, lo montaron en la jaula de la escalera y raudamente lo llevaron al hospital que quedaba en la calle 33.

Doña Merced esperó que Frank abriera sus ojos, y él se dejó querer.

Su viejo cordel fue llevado al patio de su casa, hoy está tendido de sábanas blancas y es muy querido por Frank y sus hijos: Simón, Mercedita y José.

Les dejo advertidos, no les contaré este cuento otra vez, tendrán que aprender a leer.